LA POLITICA DEL DESARROLLO INDUSTRIAL DE CENTROAMERICA

ROBERTO INCER BARQUERO

El reciente Congreso Centroamericano de Economistas, realizado en la ciudad de Guatemala en el mes de Abril pasado, ha demostrado que la mayoría de los economistas centroamericanos comparten una seria preocupación, que hasta ahora sólo se había reflejado en opiniones aisladas de unos pocos disidentes; y que sólo habían merecido el rápido y despreciativo desdén de los formuladores de nuestra política de integración e industrialización.

Esta preocupación se refiere a la política similar seguida en los cinco países centroamericanos para impulsar el desarrollo económico a través de la industrialización, aprovechando el ensanchamiento del mercado que traerá la Integración Económica.

La circunstancia de que todos los países desarrollados, excluyendo tal vez Australia, Nueva Zelanda y Dinamarca, son países industrializados, nos ha llevado al espejismo de creer que industrialización y desarrollo es lo mismo. Y tal espejismo persiste a pesar de que tenemos frente a nosotros la triste experiencia de nuestros vecinos suramericanos quienes fueron los primeros que se embarcaron en programas de industrialización como los nuestros; y que a la postre resultaron en un fracaso, desatando ciertos desórdenes que han hecho más complicada la solución de sus problemas.

Con esto no queremos insinuar que sólo mediante un incremento en la productividad de la agricultura, tesis sostenida de antaño por los formuladores extranjeros de la política de ayuda internacional, nuestros países iniciarán el "despegue hacia el crecimiento sostenido". La deterioración continua de los términos de intercambio de los países productores de artículos primarios es una evidencia de que cualquier incremento en la productividad de estas actividades sólo redundará en beneficio, a través de la baja de precios, de los países industrializados consumidores de tales artículos, mientras las estructuras monopolísticas de éstos impiden que los incrementos en productividad de ellos sean aprovechados por los países agrícolas en forma de una reducción de los precios de los productos manufacturados que importan.

Las dudas que surgen con respecto a nuestro proceso de industrialización, se refiere a que si éste está logrando los fines perseguidos y que si se justifican los costos que a causa de él estamos incurriendo.

En el referido Congreso de Economistas fue interesante notar que en el seno de tres comisiones que trataron los problemas de industrialización, integración y reforma agraria surgieron, no obstante la diversidad aparente de las materias discutidas, las mismas inquietudes y dudas acerca de nuestro proceso de industrialización.

En primer lugar, para que la industrialización sea posible es preciso que nuestros países cuenten con un mercado vigoroso, popular y efectivo. Pero como la mayoría de nuestra población se dedica a la agricultura, tal mercado sólo será posible cuando la producción agrícola se traduzca en ingresos monetarios a dicha mayoría. Una defectiva estructura agraria, como es la que existe en los países centroamericanos, prevendrá que los ingresos originados en la producción agrícola se filtren a la mayoría de la población; y más bien ayuda a que este ingreso se concentre en unas pocas manos.

Así que el único mercado con poder adquisitivo que la industrialización encontrará en Centroamérica será este núcleo reducido de personas, en cuyas manos se haya concentrado la mayor parte del ingreso.

Como tal núcleo ha sido un sector tradicionalmente consumidor de artículos importados, la industrialización se ha dirigido a sustituir estas importaciones. La industria Centroamericana ha tendido por tanto, a reemplazar al productor extranjero como suplidor de aquellos artículos que hasta ahora han sido limitados a una minoría; usando las mismas técnicas de producción, las mismas materias primas y productos semi-elaborados y hasta las mismas marcas de fábricas de estos productores extranjeros.

Un vistazo a las industrias nuevas que han surgido en Centroamérica confirman esta aseveración: llantas, productos plásticos, potes, refrigeradoras, conservas de frutas extranjeras, estructuras metálicas y últimamente hasta se habla de una fábrica de ensamble de automóviles.

Cualquier intento de industrializar artículos de consumo popular más extenso, estará destinado al fracaso por la ausencia de un mercado efectivo. La extensión del mercado horizontal a través de la integración económica debe ser, por tanto, acompañado con la creación de un mercado vertical a través de una reforma agraria y de la introducción de nuevos sistemas de producción que conduzcan a un aumento de la producción agrícola y a una justa distribución de los ingresos originados en ella. De otra forma, la integración económica será integración de mercados oligárquicos y no conducirá a la formación de un mercado popular centroamericano.

Pero si la industrialización de Centroamérica no está creando un bienestar para las masas populares, tampoco está contribuyendo a independizar a nuestros países de su vulnerabilidad frente al comercio exterior. Bajo la idea de sustituir importaciones, grandes estímulos fiscales y de otra naturaleza han sido otorgados a nuestras

industrias sin considerar su verdadero aporte a la producción centroamericana.

Aunque casi todas las leyes de incentivos para la industria han insistido en la necesidad de proteger industrias que elaboren materia prima nacional, tal disposición parece haber sido letra muerta para quienes están a cargo de los programas de industrialización. Las industrias constituidas se limitan, en su mayoría, a elaborar la etapa final de un producto en que la totalidad de su materia prima ha tenido que ser importada. Como las barreras aduaneras y los privilegios fiscales han permitido a estas empresas ofrecer sus productos con una reducción de precios, su consumo ha incrementado; de tal forma que la importación de materias primas semi-elaboradas puede significar mayores desembolsos de divisas de los que antes se incurrieran por las importaciones del mismo producto en su acabado final. Así que la economía de divisas sólo ha sido una ilusión óptica.

Esta distorsión que está ocurriendo en la composición de nuestras importaciones, de productos acabados a materias semi-elaboradas, está haciendo nuestra economía más sensitiva a las fluctuaciones del comercio exterior pues los acontecimientos desfavorables del exterior que antes limitaban sus efectos directos en nuestras actividades de exportación ahora ampliarán su radio de acción sobre nuestras industrias; ya que cualquier caída de nuestra capacidad externa de pago afectará a estas empresas, ante la imposibilidad de la economía, por las limitaciones de la balanza de pagos, de continuar proveyéndose en el exterior del mismo volumen de materias primas.

Tales acontecimientos pueden lanzar al desempleo a ciertos factores, que antes de ser atraídos hacia la industria tal vez estaban siendo empleados en otras actividades productivas menos sensitivas al comercio exterior. Esto sin contar el costo que significará mantener una capacidad industrial, adquirida a tan alto costo, en desuso mientras la economía recupera de nuevo su antiguo poder adquisitivo frente al extranjero. Esta circunstancia se complica más al considerar que la mayor parte de los productos industriales se están fabricando con patentes exclusivas de producción o bajo determinadas marcas de fábrica. Así que la industria centroamericana se ha visto obligada a admitir una fuerte participación de capital extranjero o a pagar fuertes sumas en concepto de regalías por patentes y trade mark. La poca economía de divisas ahorrada por la incorporación de un mínimo de mano de obra centroamericana puede estar más que contrapesada por los gastos de divisas para cubrir las remisiones en concepto de estos servicios.

Tampoco este proceso de industrialización significa progreso alguno en la distribución del ingreso. Su efecto distributivo podría ser más bien negativo. Aunque la industrialización puede significar cierto incremento en el empleo, el salario pagado en esta industria no difiere grandemente del reconocido en otras actividades; ni podrá provocar de por sí un incremento en la tasa general de salarios. Por otra parte, las pérdidas en concepto de impuesto para el fisco más que compensan las pocas oportunidades de empleo que crea. Estas pérdidas redundan en perjuicio de los consumidores cuando el Estado trata de resarcirse de ellas sustituyendo los aforos aduaneros por impuestos al consumo. En tal caso, el consumidor financia parte de las ganancias del empresario, ganancias

que sólo persisten por la dispensa de las cargas fiscales que se le han concedido.

Otro aspecto que se ha descuidado en el proceso de industrialización es el costo en que la economía está incurriendo a causa suya. Con la creación de ventajas artificiales el empresario obtiene una alta lucratividad por los recursos que moviliza hacia la industria. Pero desde el punto de vista de la economía en general, dicha movilización puede resultar poco productiva. Con la limitación de recursos que una economía tiene, la canalización de recursos hacia la industria sólo se puede lograr mediante su sustracción de las otras actividades.

El proceso de industrialización nos puede estar conduciendo a que el poco ahorro formado en nuestras economías se invierta en actividades que desde el punto de vista del desarrollo económico no merecen prioridades. A pesar de que todos reconocen que nuestra agricultura exige todavía una mayor explotación capital intensiva, ésta no está ocurriendo a la tasa requerida, puesto que nuestros inversionistas han encontrado más lucrativa y menos azarosa la industria con sus protecciones artificiales. Esto nos puede llevar a un estado de sub-capitalización de nuestra agricultura con una productividad estacionaria o decreciente de fatales consecuencias en nuestro desarrollo económico.

Siendo países esencialmente agrícolas, sólo la agricultura nos podrá proveer de los recursos necesitados para nuestra industrialización. Pero si la tasa de inversión en aquella se descuida su estancamiento pondrá serias limitaciones al crecimiento de la industria.

La experiencia de ciertos países suramericanos no puede ser más provechosa sin embargo, parece que le hemos dado la espalda y ya nos encontramos atrapados por la misma ilusión quimera en que ellos incurrieron. Los incentivos artificiales otorgados a la industria en aquellos países, trajeron un rápido desarrollo de la mediana manufactura que requería fuertes inversiones en maquinarias y materias primas importadas. El abandono que se le dio a la agricultura no tardó en manifestar sus efectos. La producción agropecuaria para el consumo doméstico no pudo mantenerse al ritmo del crecimiento de la población, fuertes déficits surgieron que sólo pudieron ser cubiertos con importaciones. Por otra parte, se descuidó aquellas actividades primarias productoras de divisas.

Al influjo de estímulos artificiales la industria se infló hasta alcanzar un volumen tal que requería un nivel de importaciones incompatible con la capacidad de pago externa. La industrialización lejos de economizar divisas aumentó las necesidades de ellas; mientras que la de capitalización de la agricultura impedía que las exportaciones crecieran al ritmo requerido por la industrialización. Los desequilibrios de la balanza de pagos no tardaron en traducirse en fuertes presiones inflacionarias que hicieron poco propicias las inversiones futuras. Las economías llegaron a la situación similar de una empresa cuya capacidad productiva había sido aumentada por sus inversiones fijas, pero con grandes limitaciones en su capital de trabajo que le impiden usarla a su plenitud.

Sería interesante que los economistas centroamericanos empiecen a traducir en cifras sus preocupaciones sobre nuestro desarrollo industrial. Se hace imprescindible hacer comparaciones de los desembolsos efectivos en mone-

da extranjera que nuestras economías están haciendo a causa de nuestro desarrollo industrial con el valor de las importaciones que Centroamérica realizaba antes de que el proceso de sustitución se iniciara, haciendo los debidos ajustes por el crecimiento normal que tal demanda hubiera experimentado.

También es necesario investigar cuánto hubiera significado a Centroamérica la dedicación de estos recursos a su agricultura. Se nos puede presentar casos en que la economía de un dólar a causa de sustitución de importaciones, muy bien hubieran podido significar el incremento de exportaciones por más de un dólar si los recursos invertidos en la industria se hubieran movilizado hacia la agricultura. Las ganancias fáciles de unos pocos empresarios son muy malos indicadores del progreso de la economía en general.

Las posibilidades de industrialización en Centroamérica son demasiado grandes, para que sólo se concrete en el criterio estrecho de sustituir importaciones a cualquier costo. Aún nos quedan grandes márgenes para aumentar el grado de industrialización de nuestras propias exportaciones. La industrialización de los sub-productos del ganado es un buen ejemplo para Nicaragua al respecto. No obstante, las grandes oportunidades que ofrece nuestro programa de industrialización ha llevado al empresario a encontrar más rentable el empaque de cos-

méticos, la trituration del trigo y la avena importada y la fabricación de corcholatas que el desarrollo de toda una industria integrada de la explotación de la carne y los sub-productos del ganado; no obstante, que es evidente que el valor agregado de esta última actividad es muy superior al obtenido en las actividades antes mencionadas.

Una reforma agraria real puede significar la introducción de nuevos módulos de consumo que hagan desaparecer la tradicional preferencia por los artículos extranjeros aumentando así las posibilidades de nuestra industrialización. Un desarrollo equilibrado de la industria y de la agricultura aumentará las posibilidades de la industrialización antes que disminuirlas.

Sólo con el cumplimiento de estas dos condiciones la industrialización podrá aprovechar las ventajas de un mercado integrado y significar un progreso efectivo para nuestras masas populares. De otra forma, la industrialización sólo significará la riqueza viviendo de la pobreza, la opulencia de la ciudad mantenida sobre la pobreza del campo, la prosperidad de la industria en la ruina de la agricultura.

NOTA: Mi agradecimiento al Dr. Eduardo Iglesias, al Dr. Arnoldo Pasquier y al Lic. Aníbal Ramírez F., por sus valiosas ideas sugeridas en la discusión de este tema.

LA CASA SOLARIEGA DE LOS CHAMORRO EN GUATEMALA

Único, aun en una ciudad famosa por su bella arquitectura, y singular ejemplo del lujo de los palacios privados de la Muy Noble y Muy Leal Ciudad de Santiago (de Guatemala) en los últimos años del siglo dieciocho, es la casa construida bajo la dirección de Don Luis Díez de Navarro, Coronel de Ingenieros del Real Ejército de Su Majestad el Rey Don Carlos III para el Teniente Coronel Don Francisco Ignacio Chamorro de Murga y Sotomayor, Alcalde Mayor de la ciudad, y progenitor de la familia, una de cuyas ramas se radicó en Nicaragua. La edificación se terminó en 1762. Sólido e imponente este bello palacio fue el único edificio que no sufrió daño alguno cuando la Capital Antigua fue destruida en 1773.

Don Francisco Chamorro era de noble cuna como se demuestra por las pruebas presentadas previamente a su admisión en la Orden Militar de Santiago en 1772. Su segunda esposa, Doña Manuela Antonia de Cepeda y Ahumada, era también de noble familia entre cuyos miembros estaban no sólo Santa Teresa de Jesús sino tres hermanos que se distinguieron en el campo de batalla. Sus heroicas hazañas constan en los informes al Rey Felipe II que se encuentran en el Archivo de Indias.

Este vistazo al pasado nos da una idea del distinguido linaje de los habitantes del Alcázar Toledano de la Antigua Guatemala. Siguiendo su historia, vemos cómo el año de 1822 cuando el ejército del Emperador Iturbide pasó por la ciudad, los oficiales que venían bajo el mando del General Vicente Filisola fueron hospedados en la vieja mansión: "La 5ª División Mexicana fue acomodada en las dos casas de Chamorro, porque eran las mejores en la ciudad". (Archivo Municipal, 1822, Doc 254).

En el año de 1824 la casa de Chamorro fue alquilada por el Estado con el propósito de instalar allí el Congreso Particular. La Asamblea Constitucional que se reunió allí era la que gobernaba a Centro América después de su Independencia, cuando sus límites llegaban hasta Colombia.

En 1830 aparece como dueño de la casa el Presbítero Mariano Maceda. Este, al morir, habiéndose disgustado ante la codicia de sus herederos, dejó un curioso testamento por el cual proveía que todas sus propiedades, incluso la casa que habitaba, fueran usadas para misas en sufragio de su alma como heredera de todos sus bienes materiales.

En 1855 es la distinguida Arzú Batres el ama de la noble mansión, siendo su propietaria hasta los primeros años de este siglo.

Citamos al autor de "Cuatro llaves a Guatemala": "Casa de las Sirenas, así llamada por las sirenas de piedra que adornan su entrada. El Alcázar ocupa la onerosa y suntuosa mansión de la acaudalada familia Chamorro, la que en sus fiestas sustituía con vinos de España el agua de la fuente que había en el patio principal. Mas tarde la familia del poeta Pepe Batres, vivió aquí".